

con precisión. Algunos sectores en su interior podrían intentar soluciones peligrosas y desesperadas; otros saldrían como estampida a engrosar las filas de la oposición, en especial del PRD. Tal vez bajo la influencia del Presidente Zedillo, cuyos bonos crecerán si las elecciones son limpias, el PRI podría refundarse como un partido democrático. Por lo demás, no hay que olvidar que en los resultados globales es altamente improbable que el PRI llegue al 50% y por tanto enfrentará la tenaz oposición del PRD y el PAN que por estar divididos política e ideológicamente, teniendo juntos más del 50% de los votos, merced a la cláusula de gobernabilidad en la ley vigente, no obtendrían la mayoría de los escaños. Quizá entonces estos partidos considerarían seriamente la posibilidad de una coalición para las elecciones presidenciales del año 2000.

Sólo los espíritus estrechos y los intereses corporativos del viejo sistema desdeñan la fiesta democrática del 6 de julio. Pero como los mexicanos sabemos muy bien, después de la fiesta viene la "cruda", y también la cruda realidad. Aunque el 7 de julio México despertará en la ribera de la democracia, descubrirá también que la democracia no es una panacea para lograr por ensalmo la solución a los agudísimos problemas del país, sino sólo el medio político de convivencia y negociación para encararlos. Lo verdaderamente grave es que las opiniones sobre la solución de esos problemas no sólo sean distintas sino radicalmente opuestas. En México no compiten matices de un mismo modelo sino modelos opuestos.

Hay quien teme que en su cruzada contra el "neoliberalismo" —máscara del verdadero concepto que detestan, la economía de mercado— el PRD impulsará medidas que intenten retrotraer al país a un paradigma de populismo y estatismo económicos que han mostrado su inviabilidad. Sería lamentable e irresponsable que así fuera, pero el modo de evitar esta vuelta del pasado no reside en una imposible restauración del sistema en quiebra sino en la profundización del juego democrático que ya está en marcha y en el cual intervienen varios protagonistas, no planetas alrededor del sol presidencial sino actores independientes y críticos con influencia en la sociedad.

En sus 175 años de vida independiente, México ha vivido sólo dos fugaces experimentos democráticos: los nueve años de la época de Juárez y Lerdo de Tejada, en la segunda mitad del siglo XIX, y los quince meses del Presidente Madero. Un gran total de once años. Ambos ensayos terminaron en sendos golpes de estado no sólo por la ambición de los militares sino por la incapacidad de las clases políticas de apreciar la democracia y vivir la libertad sin anegarse en ella. Es improbable que esta tercera llamada termine como aquellas dos. El mundo y el país de fin de siglo son muy distintos. Por eso, a despecho de su vasta inexperiencia democrática y de la gravedad de la crisis económica y social, hay la esperanza fundada en que un nuevo régimen democrático comenzara a desplazar al México de la simulación, la corrupción y la mentira, y comenzará la construcción de un país más responsable, confiado y maduro.

EL PODER INCÓMODO

GABRIEL ZAID

Los gobiernos mexicanos tienen mucha experiencia en manejarse frente a las presiones del exterior, pero no en aceptar la independencia de poderes internos. El principio tradicional ha sido negociar (siempre y cuando se reconozca la subordinación) o aplastar: "pan o palo", como se llamó a la política de Porfirio Díaz.

Tradicionalmente, cualquier afirmación de independencia ha sido vista como "pataleo" para sacar algo (o sacar más), como traición a la patria (presión del exterior) o simple estupidez (que termina mal). Por eso, la oposición leal suele ser vista como desleal, si es intransigente, o como vendida, si negocia. Aunque la intransigencia, en ciertos casos, puede ser razonable. Aunque negociar es lo normal en la vida política.

Los primeros triunfos de la oposición, en diputaciones simbólicas o en municipios de escasa importancia, fueron más incómodos para los triunfadores que para el gobierno. La situación se empezó a poner incómoda para el gobierno con los primeros gobernadores de oposición (oximoron elocuente: en un país democrático, quien está en el poder, no está en la oposición). Y más aún con la oposición armada en Chiapas.

Después de las elecciones de julio, la incomodidad aumentará sobre todo para el gobierno y para el PRD. Para el gobierno, porque no es lo mismo negociar desde la aplanadora impune que desde la conciencia de que el gobierno es derrotable. Los ciudadanos, los partidos de oposición, las facciones del PRI, los legisladores, los jueces, el ejército, las

grandes empresas, los sindicatos, la Iglesia, los Estados Unidos, saben (o aprenderán) que no es lo mismo negociar con un gobierno de control absoluto que con uno de control relativo.

El PRD vivirá las incomodidades de compartir el poder, que ya conoce el PAN: desde ser hostigado por el poder central hasta ser acusado de vendido. Por ejemplo: el ascenso del PRD es objetivamente un triunfo contra la guerrilla, y eso se presta a muchas interpretaciones. La sana es, por supuesto, que qué bueno: al país le conviene que se legitime la oposición civil y se desprestigie la oposición armada. Pero no todos lo verán así. El poder será incómodo para el nuevo gobernador del Distrito Federal, sujeto a presiones y manifestaciones de sus propios radicales (como le sucedió en Chile al presidente Allende); sujeto a los conflictos intergremiales de los sindica-

tos independientes contra los del PRI; sujeto a las exigencias ciudadanas de mejoría económica y a los límites de una política económica que no estará bajo su control.

No es de esperarse que el PRD gane el control de la cámara de diputados, y hasta es posible que la mantenga el PRI. En cualquier caso, habrá de hecho una especie de triunvirato de los principales partidos, con rotación de alianzas (dos contra uno), según lo que se vaya a votar; aunque con la ventaja última del PRI: su control de la cámara de senadores.

La división de poderes es incómoda, y puede llegar a ser conflictiva. Para eso es, precisamente: para que los desacuerdos se manifiesten y resuelvan democráticamente, en vez de ser ignorados o reprimidos: para evitar las peligrosas comodidades del poder absoluto.

EL 6 DE JULIO

JAIME SÁNCHEZ SUSARREY

¿Qué se juega en el Distrito Federal? Mucho más que en cualquier estado de la República. La ciudad de México tiene un peso central en la vida política, económica y cultural del país. Ningún estado ni ninguna ciudad capital (Guadalajara, Monterrey o Puebla) se le puede comparar. Las participaciones federales para el Distrito Federal son las más elevadas de toda la República: en 1992 ascendían a 5 mil 511 millones de pesos y le seguían en importancia el estado de México con 2 mil 877 millones de pesos, Veracruz con mil 961 millones de pesos, Jalisco con mil 866 millones, Nuevo León con mil 485 millones de pesos. En otras palabras, las participaciones para el DF casi duplicaban a las del estado de México y cuadruplicaban a las de Nuevo León. Es, además, la residencia de los poderes federales. La dimensión política y simbólica de ese hecho es innegable. Por eso las campañas de Cárdenas, Castillo Peraza y Del Mazo han adquirido una dimensión nacional. La cobertura de los medios de comunicación, en particular de la televisión, las ha puesto en el centro de la atención de todos y cada uno de los estados de la República. Por eso también los pronunciamientos y los actos de gobierno del nuevo jefe de Gobierno tendrán una dimensión especial. Ningún gobernador o secretario de Estado tendrá una proyección similar. Sólo el presidente de la República estará por encima. Pero por lo mismo, un conflicto entre el titular del Poder Ejecutivo federal y el jefe del gobierno del DF tendrá una serie de repercusiones políticas fundamentales. El zócalo es el corazón de

México y ha sido durante toda nuestra historia el espacio natural del jefe de los poderes centrales. Tlatoanis, virreyes, caudillos y presidentes han imperado en la ciudad y desde ella han gobernado el país. ¿Qué pasará ahora que la ciudad de México tenga dos cabezas? ¿Habrá enfrentamiento o colaboración? Ambas posibilidades están abiertas, pero si gana Cuauhtémoc Cárdenas la probabilidad de confrontación no es muy alta, es completamente cierta y segura.

¿Qué hará Cuauhtémoc Cárdenas en el DF? Nada que no haya dicho o anunciado. De entrada, tal como lo señaló en el debate del 25 de mayo, no reconocerá la deuda contraída por el Departamento del Distrito Federal por considerar que responde a necesidades de la federación y no de la ciudad de México; convocará a la ciudadanía a un plebiscito para decidir si la capital debe transformarse en un estado más de la federación; y finalmente, someterá a los subdelegados a un proceso de elección ciudadana en cada una de las delegaciones. Todas estas propuestas lo sitúan en una ruta de colisión con el gobierno de la República. No se trata, sin embargo, de un error de cálculo o de promesas de campaña que luego serán congeladas. Por el contrario, cada una de esas medidas, en particular la primera y la segunda, se convertirán en banderas de agitación y movilización. Ante el virtual rechazo del Ejecutivo federal o del Congreso (incluido el senado) de transformar al DF en el estado número 32, el jefe de gobierno de la ciudad de México podría encabezar los movimientos de protesta. Lo haría en calidad de auto-